

JUANA D'ARC

LA DONCELLA DE ORLEANS.

.....
¡Cuán grande y hermoso es el poder de la oración! ¡Cuánta santidad se siente con sólo pensar en Dios! ¡Cuando por todos nos vemos abandonados; cuando los hombres cierran su pecho á nuestros sufrimientos; cuando destruye la tormenta de la vida todas nuestras esperanzas; cuando nos encontramos solos con nuestras penas en medio de la vasta creación, entonces sentimos alivio con sólo mirar á aquel que comprende nuestro dolor! ¡El fué quien nos trajo á este mundo y en él solo puede encontrar refugio nuestra alma dolorida!

(ENRIQUE ZSCHOKKE).

I.

El palacio de San Pablo, residencia de los reyes de Francia durante el azaroso reinado de Carlos VI, era uno de los más sombríos edificios de París; no del París de ahora, hermoso, brillante y lleno de magníficas é iluminadas tiendas, de elegantes talleres y cruzado por anchurosas calles, sino del París del año de 1420, que era muy diferente del que conocemos.

Francia, dividida entonces en bandos políticos, estaba asolada por intestinas guerras: loco el rey hacía muchos años, cada uno de los príncipes de la sangre había arrancado un jirón del manto real de Carlos VI, llamado el *Insensato*, y un florón de la corona que tan brillante y hermosa le dejara su padre el gran Carlos V.

En cuanto á la reina Isabel de Baviera, su esposa, pasada ya la eterna juventud que, gracias á su fatal hermosura, conservó para mal de la Francia, pensaba sólo en perder y entregar á la ambiciosa Inglaterra aquella nación hermosa que alfombró de laurales su camino, cuando, casi niña, vino al tálamo real de Carlos VI desde el pobre ducado que gobernaba su padre Esteban II.

Pero la cruel, la soberbia, la funestamente hermosa Isabel de Baviera tiene su lugar en esta galería, y no será aquí donde veamos su sombría figura.

Las cuatro de una tarde apacible de Mayo daban en el reoj del palacio real de San Pablo, cuando el rey Carlos VI salió de su cámara para pasar al gran salón de audiencias.

Era el monarca un hombre de cincuenta y dos años, pero que había llegado al último período de la decrepitud; de esa decrepitud idiota, llena de estupidez, y que extingue en el hombre la voluntad, y hasta el conocimiento mismo de su sér.

¡Cosa extraña y terrible, sin embargo!

Aquella frente, helada y surcada de arrugas, era ancha y elevada, y en días mejores había lanzado rayos de inteligencia.

Sus ojos inmóviles eran aún rasgados y estaban llenos de dulzura; y en su boca hundida vagaba todavía una triste y melancólica sonrisa.

Vestía el rey una ropilla de terciopelo negro y liso, pues por uno de los efectos de su enajenación mental, la vista de las flores de lis le producía tal furor que ponía en peligro su vida.

En una ocasión, y hallándose en su castillo de Creil, entró la reina en su cámara: según la moda de aquel tiempo, el vestido de Isabel estaba bordado de aquellas flores, signo de la majestad real: el rey, al fijar la vista en el dibujo del vestido, desenvainó la espada y, desconociendo á la reina, cerró contra ella y la hirió gravemente á pesar de amarla con la mayor pasión.

Para evitar, pues, la repetición de tan terribles accesos, las flores de lis se habían desterrado del traje del rey y hasta del solio y de las cortinas de su lecho.

Por encima de la ropilla y rodeándole el cuello, llevaba Carlos VI un grueso collar de oro, y sobre su traje un balandrán de terciopelo rojo, forrado de pieles, pues á pesar de lo avanzado de la estación temblaba de frío.

Su estatura, que había sido alta y gallarda, estaba completamente encorvada, y su cabellera, céle-

bre por su abundancia y por su hermoso matiz castaño, era escasa y estaba blanca y lacia.

Apoyábase el rey en el brazo de sire (1) de Guiac, que tendría su edad, poco más ó menos, pero que, por un doloroso contraste de la naturaleza, ó por una amarga burla de la suerte, se hallaba en toda la fuerza y robustez de la edad viril.

Pedro de Guiac había sido uno de los pocos hombres verdaderamente adictos á aquel rey infeliz. Él le había consolado en la muerte de sus dos amados hijos Luis y Juan; pérdidas que ni la hermosura de la princesa Catalina, su hija, ni el carácter valeroso y arrojado de su hijo el príncipe Carlos, ni aun sus amores con la bella y angelical Odetta de Champdivers, pudieron hacerle olvidar.

Pedro de Guiac había contenido también con mano fuerte los extravíos de Isabel de Baviera, y á no haber aquella reina ambiciosa apelado á la astucia, indudablemente hubiera sido arrojada del trono por el enérgico y severo sire de Guiac.

Había, no obstante, momentos en que Carlos VI llamaba á los dos hijos que había perdido, sobre todo á Juan, envenenado en Compiègne y muerto en el brevè espacio de algunas horas.

Los escasos cabellos del rey iban sujetos con una caperuza de grana, en la cual estaba prendida una pluma de garza real.

(1) *Sire ó messire*: señor, ó monseñor en aquella época y equivalente á los más elevados tratamientos.

Seguiale una numerosa comitiva, formada de dos en dos personas, á manera de procesión.

Iban en ella los duques de Borgoña y de Berry, tíos del rey, sire de la Rivière, de Ile Adam, de Clissón, y otros muchos señores, incluso el terrible condestable de Armañac.

Finalmente, cerraban la comitiva algunos pajes con lanzas y escudos, y una crecida escolta de los guardias del rey.

El paso de éste era lento y desigual: casi se arrastraba al impulso del brazo fuerte de sire de Guiac, pero de cuando en cuando se detenía, revolvía sus ojos extraviados, y preguntaba con voz trémula:

—¿No se oye... la voz de Juan?

—Sin duda V. A. (1) padece una equivocación, respondía con dulzura Pedro de Guiac.

Muchas veces, durante el tránsito de su cámara al salón de audiencias, repitió el rey la misma pregunta y obtuvo la misma contestación; pero hubo una en que se detuvo ya casi al término de su viaje, y exclamó, escuchando con ansia:

—¡Oh, sí!... ¡Sí!... Me llama... Me llama el príncipe Juan!...

—Es una ilusión de V. A., repuso con la misma blandura sire de Guiac, acostumbrado á la demencia del rey.

(1) Ningún soberano tenía entonces otro tratamiento que el de *alteza*.

Este echó á andar de nuevo y entró con su comitiva en la sala de audiencias.

II.

Cárlas VI subió con gran trabajo los escalones del solio y luégo se dejó caer en el sillón colocado debajo del dosel, como abrumado de fatiga.

Pedro de Guiac se colocó á su lado con la espada desenvainada.

Al otro lado se situó Enguerrand de Thierry, gran senescal, también con la espada en la mano, y los demás nobles y grandes tomaron sitio según su categoría.

A la izquierda del solio y en dos sillones se sentaron los duques de Borgoña y de Berry.

El gran canciller se dirigió á una mesa que se veía en el centro del salón, colocó sobre ella una caja de oro que contenía el sello real, y luégo, cruzándose de brazos esperó, sin apartar sus ojos de la preciosa caja.

No bien había ocupado cada uno el sitio que le correspondía, se oyeron clarines y entraron seis heraldos ingleses, precediendo á cuatro nobles de la misma nación.

El de más edad se adelantó; puso una rodilla en tierra y presentó al rey un pergamino enrollado y sellado con las armas de Inglaterra.

—Señor,—dijo con un tono que revelaba una profunda y humillante ironía —soy enviado por mi rey y señor Enrique V de Inglaterra, para poner en las manos de V. A. el tratado de Troyes.

El rey nada respondió; y el enviado se puso en pie y prosiguió hablando de esta suerte, con el acento monótono de la fórmula:

—En el presente tratado concede V. A. la mano de su hija la princesa Catalina al rey mi señor, y estipula además que, después de su muerte, pasará la corona de Francia á los reyes de Inglaterra.

El enviado, habiendo acabado de exponer su misión, se dirigió á la mesa en que se apoyaba el gran caciller, y volviéndose de espaldas sin el más leve respeto hacia la pálida fantasma que ocupaba el solio, extendió el pergamino que contenía el tratado sobre el tapete de terciopelo carmesi bordado de oro.

—¡Oh, mengua!—exclamó el severo de Guiac con voz sofocada por la cólera y en tanto que los duques de Borgoña y de Berry sonreían con aire de triunfo.

—¡Infame tratado!—dijeron por lo bajo algunos otros señores.

—La reina ha cumplido su palabra—dijo Juana de Borgoña al duque de Berry:—no podemos quejarnos de ella.

—¡Y el Delfín que no llega!—exclamó Clissón. Entretanto, el gran canciller, vendido á los in-

gleses y comprado por la reina Isabel, se acercó al rey con la caja del sello abierta.

Carlos tomó su sello y lo acercó al sitio que le señalaba el dedo del canciller; pero no bien lo había fijado sobre el papel, se oyó un gran rumor de armas y voces, y un joven de encantadora figura se precipitó en el salón.

Era el Delfín.

Tenía apenas diez y ocho años, y Dios había reunido en él la voluptuosa hermosura de su madre Isabel y la noble belleza que había atesorado el infortunado Carlos VI.

Vestía un traje completo de seda azul bordado de estrellas de plata, pero cubierto de polvo y ajado como si viniese de hacer un largo viaje.

Así era en efecto. El delfín Carlos había logrado, á viva fuerza y ayudado de algunos parciales, evadirse del castillo en que, por orden de su ambiciosa y desnaturalizada madre, vivía encerrado cuatro años hacía.

En su prisa por subir á ver á su padre, había dejado en manos de sus escuderos su caperuza y su capotillo y llevaba sólo la túnica celeste ceñida con un cinturón de oro tachonado de diamantes.

Sin reparar en los embajadores ingleses, corrió hacia el trono y se dejó caer de rodillas á sus pies.

—¡Señor y padre mío!...—exclamó con voz jadeante.—Vedme aquí... soy Carlos, el Delfín... vuestro hijo...

—¡No me... llama Juan!...—preguntó el rey, apartando el sello del tratado.

La firma estaba muy poco indicada; mas el embajador inglés tomó el pergamino, le enrolló y le conservó en la mano.

—¡Padre! ¡padre!—exclamó el Delfín, á cuyos grandes ojos negros asomaron lágrimas de inmenso dolor. ¡Padre! ¡No me desheredes!... ¡No des tu corona y la mía á esa nación maldita y enemiga!... ¡No concedas la mano de mi hermana á ese rey traidor!...

—¡La corona!...—repitió el rey con idiota sonrisa. ¡La corona!... ¿Olvidas que la lleva ya tu hermano Juan?

—¡Mi hermano ha muerto!... ¡Y mi madre, que le quitó la vida, me quita hoy la corona!...—exclamó el Delfín, retorciendo sus manos con dolor convulsivo.

—Entonces... aun me queda tu hermano Luis... y tus hermanas Micaela y Catalina... y la corona será para cualquiera de los tres...

—¡La corona es mía!—gritó Carlos desesperado.

—¡Tuya!—repitió el rey.—¡Tuya! ¿Acaso eres tú mi hijo?... ¡No!... ¡Tú naciste en una época en que Isabel no me amaba ya!... ¡No!... ¡Tú no eres mi hijo!... ¡Oh, oh! ¡Mi hijo! ¡No! ¡Tú te pareces al caballero de Bouillon, que murió... de hambre!... De hambre... ¿lo oyes? ¡Murió de hambre en los calabozos del Chatelet!...

—¡Ahl! ¡Me quitáis la corona porque no soy vuestro hijo!—exclamó el Delfin.—¡Y la mujer que dicen me ha llevado en su seno, me la quita también para darla á la Inglaterra!... ¿De quién soy hijo, pues?

—¡De Dios!—respondió con voz solemne Pedro de Guiac.—Dios es el padre de todos, monseñor! ¡Dejad ir á esos traidores con el infame tratado de Troyes: ya se le arrancarán nuestras espadas en la guerra; y el sello ininteligible del rey Carlos VI será reemplazado por el sello de su sangre!

Los ingleses no dieron muestras de oír estas palabras; y el Delfin, después de echar sobre su padre una mirada de dolorosa lástima, desenvainó la espada y gritó:

—¡Guerra á los ingleses!

—¡Guerra!—repitieron todos los nobles.

El Delfin salió seguido de todos los señores que rodeaban á su padre, á cuyo lado sólo quedaron el gran senescal y Pedro de Guiac.

III.

Nueve años después y al anochecer de un hermoso día de primavera, una joven campesina, que guiaba algunas cabras, se encaminaba al pueblecito de Domremy, situado entre Neufchateau y Vau-

couleurs, en la ribera del Mosa, que separa la Champaña de la Lorena.

Durante los nueve años transcurridos desde que empezó esta historia, había muerto el rey Carlos VI, sin volver á recobrar su razón lúcida ni por un solo instante.

La reina, encerrada por orden de su esposo en el castillo de Tours á causa de sus desórdenes, logró recobrar su libertad con la ayuda del duque de Borgoña, ciegamente apasionado de ella desde muchos años antes; pero el asesinato del duque privó á Isabel, no sólo de su último apoyo, sino también de su último amante, pues contaba ya cincuenta y ocho años y la Francia entera la miraba con horror.

Por lo que toca al Delfin, durante aquellos nueve años había sostenido una guerra encarnizada con los ingleses, que, en vez de ir desocupando el reino, cada día le invadían con más osadía y vejaciones.

Tres meses antes de espirar Carlos VI, había muerto también su yerno Enrique V: éste ordenó que su hermano el duque de Bedford gobernase el reino durante la menor edad de Enrique VI; y cuando falleció Carlos, el duque, tío y tutor del joven monarca inglés, hizo proclamarle, por medio de heraldos, *Enrique de Lancáster, rey de Francia y de Inglaterra*.

Pero ya es necesario que volvamos á ocuparnos de la pastora que conducía sus cabras por el camino de la pequeña aldea de Domremy.

Caminaba despacio y su aspecto era triste y preocupado.

Parecía contar diez y ocho años, y su estatura era alta y vigorosa; pero esbelta y llena de armonía en sus proporciones.

Tenía la tez morena y negros los cabellos, los ojos, las ricas cejas y las largas pestañas.

Su traje era el de las campesinas de la Champaña: una basquiña de lana corta, un corpiño de lo mismo, y una toca de lino que cubría á medias su abundante y lustrosa cabellera.

Afortunadamente las cabras sabían bien el camino del establo, y se dirigieron á él sin que la joven saliese de su distracción.

A pesar de todo, ésta llegó también á la puerta de la morada paterna, que era una cabaña de miserables proporciones, pero en la cual brillaba el aseo más escrupuloso: penetró en el patio é iba á encerrar las cabras en el establo, cuando salió un gallardo mozo de la cocina.

—¡Ah, Juana!—exclamó, tomando una mano de la joven.

—¿Qué sucede?—preguntó Juana como saliendo de un sueño profundo.

—Padre está furioso.

—¿Por qué?

—Ya sabes que te tiene encargado que, antes de que salga la luna, estés, sin excusa ni pretexto alguno, en casa.

—¿Y ha salido ya?—preguntó cándidamente Juana, alzando los ojos al cielo.

—Hace dos horas, hermana mía; pero vamos, vamos, que están cenando ya.

Juana encerró sus cabras y entró en la cocina.

Hallábanse en ella su padre Santiago d'Arc, su madre Isabel Romée y su abuela, sentados en derredor de una mesa de encina.

Además de estas tres personas, estaba allí también su hermano segundo, bueno y excelente muchacho, y que contaba dos años menos que el que había salido á prevenirla del enojo de su padre.

—Dios os guarde, padres míos—dijo Juana al entrar en la cocina, con voz apacible y que no revelaba el más leve temor.—Buenas noches, mi querida abuela; buenas noches, hermanos.

Santiago fijó en su hija una mirada iracunda: era tan grande su cólera, que no sabía cómo darle salida.

La cariñosa madre y la anciana abuela bajaron la cabeza con temor.

En cuanto á Juana, sostuvo la mirada de su padre sin osadía, pero con serenidad.

—Si otro día vienes tan tarde, te castigaré severamente, ¡vagabunda! —gritó Santiago lleno de enojo.

Juana no respondió; pero en vez de acercarse á la mesa y ocupar su sitio para cenar, se sentó humildemente en un banquillo de madera.

—¿Por qué no vienes, hija mía?—preguntó Isabel volviéndose hacia Juana.

—¡Dejadme, madre, que lamente el haber ofendido á mi padre!—respondió la joven con una sencillez llena de candor, en tanto que dos gruesas lágrimas rodaban por sus hermosas mejillas.

Isabel miró suplicante á su marido, y le mostró el llanto de su hija con un ademán mudo y elocuente.

—¡No soy yo de bronce!—murmuró el buen padre enternecido.—Al verla llorar, el corazón se me parte en mil pedazos; mas ¿por qué no es tan obediente como humilde y tierna? ¡Oh! ¡Entonces yo la amaría lo mismo que á sus hermanos, es decir, con todo mi corazón!

—Hija mía, padre te manda que vengas á cenar—dijo la abuela con acento cariñoso.

Juana se levantó, se acercó á su padre, tomó su mano y la besó con infinito amor.

—¡Vaya! Siéntate aquí á mi lado—dijo Santiago;—y si quieres que cene, dame palabra de no desobedecerme más.

—Padre—dijo Juana con nobleza—voy á deciros la verdad, y veréis cómo, si os desobedezco alguna vez, no es por un efecto de mi voluntad, sino porque otra voluntad divina lo quiere así.

Santiago, Isabel, la abuela y hasta los hermanos, abrieron los ojos con asombro.

—¡Sí!—prosiguió Juana;—padre mío, amo apa-

sionadamente la oración, y la amo tanto más, por que durante la hora de mis rezos se me aparecen celestes visiones.

—¿Se habrá vuelto loca?—exclamó Santiago, mirando con terror á su esposa.

—No, padre mío—contestó Juana con la apacible calma que no la abandonaba jamás;—no, gozo de toda mi razón; pero cuando me voy á orar al bosquecillo más cercano; cuando me prosterno entre los árboles, se me aparece el Señor de cielo y tierra, me enseña un estandarte blanco que ondea en los aires, y me dice:

—«¡Tú libertarás á la Francia!»

—¡Eh!—gritó Santiago iracundo.—Esas son vanidades culpables y sueños locos. Yo llamaré al hijo del vecino Mateo para que lleve á pacer nuestras cabras, y tú te quedarás en casa haciendo queso é hilando con tu madre y tu abuela.

—Sea como queráis, padre mío—repuso Juana con humildad:—haré aquello que sea de vuestro agrado; mas, sin embargo, debo advertiros una cosa.

—¿Cuál?—preguntó Santiago.

—¡Que si me obligáis á no ir al bosque!...

—¿Qué?—interrumpió el aldeano, al ver que su hija se detenía.

—Que me moriré.

Juana dijo estas palabras sin afectación y con la mayor sencillez.

Sus padres, su abuela y sus hermanos se estremecieron al oírlo, y no supieron qué responder.

—Sí—prosigió la doncella, en cuyo acento se notó entonces un profundo abatimiento:—sí, padre, me moriré. ¡Y como no he cumplido con la misión que Dios me tiene encomendada, no entraré en su reino de gloria!

Al pronunciar estas palabras, levantó la joven sus hermosos ojos al cielo, y en su mirada brillaron tal inspiración y una luz tan celestial, que su familia se quedó muda y estática contemplándola arrobada de admiración.

Su madre y su abuela sintieron en el fondo del alma como una luz extraña que las iluminaba, y su instinto les avisó que tenían delante un sér sobrenatural.

No así los hermanos; la percepción del hombre no es tan exquisita como la de la mujer, y Nicolás, el mayor, pasado el primer momento de sorpresa dijo:

—Hermana mía, ¿no valía más que te casaras con Antonio el pastor, que tanto te ama, y que vivieras en paz como nuestra buena madre?

—Yo no amo á Antonio—contestó Juana.—Yo no amo más que á Dios y...

Juana se detuvo.

—Y ¿á quién?—interrogó Nicolás.

—¡Y á la Francia!—respondió Juana, bajando la cabeza con tanto rubor y confusión, que fácil-

mente se conocía que callaba algún deseo oculto con cuidado en el fondo de su inocente pecho.

Su familia no comprendió, sin embargo, lo que pasaba en el alma de la doncella: no obstante, avisada su madre por el delicado instinto de su amor, se inclinó hacia el oído de su esposo y le dijo á media voz:

—Santiago, el corazón me dice que Dios destina á nuestra hija para alguna cosa extraordinaria.

Santiago no contestó, y Juana continuó como hablando consigo misma:

—¡Hoy, hoy he tenido una visión más bella, más luminosa que ninguna de las anteriores!

—¿Qué has visto, hija mía?—preguntó con curiosidad la abuela.

—¡He visto á Dios!... Sí, á Dios mismo cercado de luz, orlado de majestad y escoltado por ángeles, que ha aparecido en medio de una nube y entre los árboles del bosque: ¡yo oraba en voz alta y los pastores del valle se detenían, se reían al verme y me llamaban *visionaria!* Pero habló el Señor y huyeron todos despavoridos, y yo quedé sola con Jehová.

—Y ¿qué te dijo?—interrogó Santiago, interesado á su pesar.

—Me dijo estas palabras: «Juana, hija mía muy amada: ve mañana al rayar el alba á Vaucouleurs y busca á Beaudricourt, el gobernador de la plaza:

una vez en su presencia, dile así con toda dulzura y humildad: « Si queréis darme una buena escolta, yo libertaré á la Francia; iré á buscar á Carlos VII y le conduciré á Reims, doode será ungido.» Esto dijo el Señor, y luégo desapareció.

—¿Y quieres ir á Vaucouleurs?—tornó á preguntar Santiago.

—Yo no quiero, señor y padre mío, más que lo que vos ordenéis—respondió Juana con aquella dulzura angelical que parecía haber recibido del cielo.

—¿Y si me opongo á que vayas?—preguntó de nuevo su padre.

—¡Entonces, padre mío, me moriré!

—¡Parte al alba!—dijo Santiago bajando la cabeza con abatimiento.

—¡Padre, valor!—dijeron sus hijos;—nosotros acompañaremos á Juana.

—Si he de ir, ha de ser sola—respondió ésta con firmeza:—¡quedaos vosotros con padres y abuela y rogad todos por mí!

—¿Qué temes?—le preguntó su madre, tomándole una mano y al ver correr dos lágrimas por las mejillas de Juana.

—¡Madre—contestó ésta:—á ti sola lo digo, porque eres una santa: las dos veces que me ha hablado el Señor me ha mostrado, al despedirse, una corona de espinas! ¡Pero no reveles esto á padre ni á mis hermanas!... ¡No me dejarían ir, porque los

hombres tienen valor, más sólo las mujeres tenemos una fe ciega y grande!

IV.

Apenas la aurora doraba con su luz primera el brillante y puro cielo de la Champaña, cuando Juana despertó de un sueño pacífico y tranquilo como el de un niño.

Levantóse quedito, abrió su arcón de encina y sacó un vestido nuevo de lana y una cofia, blanca como la nieve y adornada de una cinta negra.

Vistióse sin causar el más leve ruido, pues su alcoba estaba inmediata á la habitación de su abuela, y no quería despertarla; pero cuando salió de su estrecho aposento, su maravilla fué grande al hallarla vestida y rezando su rosario de rodillas.

La joven abrazó á la buena anciana y salió con ella en busca de sus padres.

Tampoco se habían acostado.

Santiago, sentado junto á la mesa en que había cenado, tenía la cabeza apoyada en la mano, y su madre lloraba ahogando con trabajo los sollozos.

—Si os afligís así, no partiré, padre mío—dijo Juana;—Dios ha dicho que el hijo que haga derramar á sus padres una lágrima, será maldito; y mi deber es conservar vuestra alegría.

—Juana—dijo Santiago estrechando sus manos: